

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis 12, 1-4a): *Vocación de Abrahán, padre del pueblo de Dios.*

Salmo (32, 4-5.18-19.20 y 22) *«Que tu misericordia, Señor, venga sobre nosotros, como lo esperamos de ti»*

2ª lectura (2ª Timoteo 1, 8b-10): *Dios nos llama y nos ilumina.*

Evangelio (Mateo 17, 1-9): *Su rostro resplandecía como el sol.*

El Señor hoy nos invita a contemplar su gloria en nuestra historia de fe, donde Él se hace presente. Unas veces con luminosa claridad y, en otras ocasiones, de manera tenue. Jesús estaba siempre con sus discípulos, en el Tabor y en el lago, en Cafarnaúm o camino a Jerusalén. Él mostraba con transparencia el rostro del Padre Dios, pero los suyos no siempre lo entendían.

Cuánto nos gustaría estar junto con Pedro, Santiago y Juan para reconocer, con claridad, al Señor. Quizá podamos pensar que todo fue sencillo para ellos y que tuvieron pocas oportunidades de vacilar en su fe. Sabemos que no fue así, ellos también dudaron... y no poco. El creyente es un “*contemplativo*” que, en medio de la vida cotidiana, es capaz de reconocer la presencia de Dios en la vida, en los acontecimientos, en las relaciones, incluso en los momentos de adversidad.

Jesús no permitió que Pedro, Santiago y Juan se quedaran en la serenidad del Tabor. El discípulo de Jesús “*no está en las nubes*” sino que vive en la realidad cotidiana, donde quiere seguir los pasos del maestro en medio de los retos y las dificultades de la vida. La fe no es un conjunto de buenas intenciones, ni una serie de compromisos desencarnados...

La fe es seguir los pasos de Jesús en su camino hacia la cruz, donde Él no ahorra esfuerzos por nosotros. Estos son los “*duros trabajos del Evangelio*” Ser uno con Jesús, al que contemplamos en la claridad del Tabor y al que seguimos en nuestra vida. Sin duda es toda una historia de amor. El Señor nos marcará el camino y nosotros seguiremos sus pasos.

No hay Evangelio sin Cruz de Cristo. Es esta, la cruz, un elemento esencial en la buena noticia que el evangelio nos trae. Nos resistimos a integrarla en nuestro programa de existencia y hasta nos atrevemos a decir que Dios no puede querer que suframos tanto. Apenas percibimos la Bondad de Dios en los momentos dulces de nuestra vida nos entusiasmos y aspiramos a instalarnos en ese bienestar. Algo así les ocurrió a los tres apóstoles en la cima de la montaña donde Jesús se transfiguró anticipándoles una visión de su gloria.

Pero Jesús no es pura apariencia capaz de deslumbrar a los apóstoles, sino que, desde lo más profundo de su intimidad, proclama la Verdad que alumbra y da nuevo sentido a la existencia humana. Dios mismo quiere dejarse oír y corregir el entusiasmo de los apóstoles hablando desde la nube *«Este es mi Hijo, el amado, mi predilecto. ¡Escuchadle!»*.

La corrección del Altísimo sacude a los apóstoles que reconocen la distancia enorme que les separa de la gloria divina que ellos ya querían disfrutar. Nos dice el evangelio que cayeron de bruces espantados y es el propio Jesús, el predilecto del Padre, quien les anima a seguir adelante sin temor y a compartir el misterio que les ha sido revelado. Escuchar a Jesús nos ayuda a seguirle en fidelidad. Él se convierte en garantía de la voluntad del Padre y ésta se cumple a lo largo de la historia de Jesús.

El núcleo fundamental del Evangelio que se proclama en el relato de la Transfiguración del Señor es el anuncio de que la vida de Jesús, el Maestro a quien siguen los discípulos, tiene un final glorioso que trasciende todo acontecimiento humano. La resurrección de Jesús, manifestada de forma anticipada en este relato, dará sentido a toda su vida como manifestación histórica entre sus discípulos. Parte de esa vida histórica de Jesús es su pasión y muerte, que resultarían un fracaso definitivo sin la resurrección.

Saber que Cristo ha resucitado, y ha cambiado el destino de la vida histórica, que todos los hombres recorren, es lo que nos garantizan aquellos apóstoles, que compartieron y vivieron sus experiencias con Jesús. Sin la resurrección de Cristo no es posible entender la gloria a la que estamos invitados a contemplar y a participar; por eso Jesús ordena a los suyos que no cuenten a nadie la visión de la montaña hasta que no se haya producido su resurrección.

Quizás esta sea la clave de la dificultad de predicar el evangelio; hacer comprender que antes de acomodarnos y plantar tres tiendas ante la visión de la gloria que nos espera, tenemos que bajar a Jerusalén y allí afrontar los acontecimientos de la pasión, que comporta nuestra vida. Esto no debe asustarnos; ni siquiera el temor de la muerte segura que sólo podremos afrontar con valentía si creemos en el evangelio.

El Señor hoy se sigue transfigurando de muchas maneras y se muestra con especial claridad en su Palabra y los sacramentos, en el prójimo y en el necesitado, en la comunidad cristiana, en acciones solidarias y en el compromiso por el bien y el perdón. Nuestra vida está cargada de su presencia... aunque no sepamos reconocerla.

Del mismo modo que a Abrahán le invitó a salir de su tierra y a Pedro, Santiago y Juan los llevó al Tabor, a nosotros nos llama para que salgamos de nuestras cosas e iniciemos un camino de vida que nos lleve a vivir siempre cerca de Él, acogiendo su voluntad y configurando nuestra vida desde el Evangelio. De este modo la claridad de Dios se mostrará en nuestra vida, en nuestras obras y palabras... Esta es la propuesta de la Cuaresma que nos lanza a una peregrinación de vida para reconocer y acoger al Señor.